

Monografía CEDICE No.47

LA DOCTRINA SOCIAL CATÓLICA

Rev. Robert Sirico, c.s.p.

PRESENTACIÓN

CEDICE ha hecho mucho por divulgar ideas sobre el derecho de cada ser humano a ser libre y su concomitante deber de respetar a los demás. Uno de sus mayores éxitos es haber logrado traer a nuestro país a conocidos personajes como Luis Pazos, Manuel Ayau, Michael Novak, Juergen Donges, Juan Marcos de la Fuente y tantos otros. En Febrero del año en curso, CEDICE logró concretar la visita del Padre Robert Sirico, fundador y presidente del *ACTON INSTITUTE FOR THE STUDY OF RELIGION AND LIBERTY* con sede en Grand Rapids, Michigan. El Padre Sirico pertenece a la Congregación de los Padres Paulistas (Missionary Society of St Paul The Apostle?), obtuvo en 1987 el título Master of Divinity (Magna cum Laude) en la Universidad Católica de América en Washington. Su discurso sobre la compatibilidad de la doctrina cristiana y la libertad económica a la luz de la Encíclica *Rerum Novarum* del Papa León XIII y *Centesimus Annus* del Papa Juan Pablo II combina su propia sabiduría junto con una excepcional capacidad de comunicación y un carisma personal también extraordinario.

El texto de esta Monografía que en nombre de CEDICE tengo el honor de presentar es una transcripción de la Conferencia que el Padre Sirico impartió ante los seminaristas del Seminario de San José de El Hatillo el 18 de Febrero del año en curso. Otras conferencias distintas pero tan interesantes como la que aquí se reseña, las dio el Padre Sirico en la Universidad Metropolitana, en IESA y en la sede de CEDICE. Ojalá que el Padre Sirico pueda volver a Venezuela acompañado de algunos de sus cercanos colaboradores del Acton Institute a dialogar con todos los sectores de la sociedad.

Vladimir Chelminski
Caracas, 1993

LA DOCTRINA SOCIAL CATÓLICA

Rev. Robert Sirico, c.s.p.

Esta noche me encuentro muy a gusto en su Seminario. Hace poco tuve el privilegio de visitar el Sagrado Sacramento y de ver su hermosa capilla y naturalmente, ante el ícono del San Pablo me sentí doblemente a gusto ya que mi congregación recibe su nombre por San Pablo el Apóstol.

Antes de hablar acerca de la doctrina social católica me gustaría comenzar contándoles algo acerca de mí como sacerdote, pues en el curso de mi charla trataré temas como la ética, la economía y algo de mi persona y de mí, como sacerdote, ya que el sacerdocio es lo más importante de mi vida, lo que anima todo lo que soy, hago y creo.

Tengo el privilegio de trabajar en el Centro de Información Católica en Grand Rapids, Michigan, y mi responsabilidad fundamental es la de Ministro de Reconciliación, que es el título que se dio a mi cargo. Lo que esto significa es que me corresponde programar actividades para aquéllos que se han alejado de la iglesia. No sé si ustedes sepan que la iglesia más grande de los Estados Unidos es la Iglesia Católica Romana, y la iglesia que le sigue en tamaño es “la Iglesia Católica Romana inactiva”. La mayoría de los católicos de los Estados Unidos abandonan la práctica de la fe en algún momento de sus vidas y estoy seguro que este fenómeno también se da en Venezuela. De manera que lo que a mí me corresponde hacer es ayudar a esas personas a que regresen y para eso tengo que establecer vínculos, relacionarme con ellas y demostrarles la importancia de la fe en sus propias vidas. En el desempeño de esta tarea trato con mujeres que han tenido abortos, con ejecutivos que se han alejado de la iglesia por una o por otra razón, con personas que han sufrido abusos en sus vidas o que atraviesan la aflicción de la pérdida de un ser querido. Con esto se pueden hacer una idea de mi misión pastoral que me ocupa casi el mismo tiempo que dedico a la doctrina social católica instruyendo sobre economía y ética del mercado.

Ahora me gustaría hablarles de la Doctrina Social Católica, sobre todo para resaltar los más reciente desarrollos dentro del contexto de las enseñanzas de la iglesia en los últimos años. Cuando Jesús encomendó llevar la Buena Nueva a todo el mundo se dirigió a los apóstoles y les contó la autoridad para enseñar en Su nombre. Es lo que se llamó: “Depositum” o el Depósito de la fe, pero el Depósito no se transmite como quien traspasa un reloj antiguo ni una reliquia familiar de generación en generación. La enseñanza de la iglesia es dinámica, es real. Debe ser impartida y enseñada correspondientemente en cada época sucesiva, en el idioma, en el lenguaje que la gente de esa época pueda entender y captar.

Hemos visto que la iglesia en el curso de su historia ha desarrollado las implicaciones de la fe, de la revelación que nos fue hecha en la resurrección de Jesucristo. Lo vemos en el desarrollo de la enseñanza de la Trinidad. Transcurrieron 300 ó 400 años antes de que tuviésemos una comprensión, como la tenemos hoy en día, de lo que significa la doctrina de la Santísima Trinidad. Lo vemos también en el desarrollo del canon de las escrituras. La

Iglesia de los primeros tiempos no tenía una Biblia, como la tenemos nosotros, porque ésta se dio en un proceso de unos 500 años, a través del Magisterio y de la autoridad docente eclesiástica y de la tradición eclesiástica.

Seguramente han oído hablar de John Henry Cardenal Newman, que fue contemporáneo de Lord Acton. Él vivió en el siglo XIX y fue un converso de la Iglesia Anglicana a la Católica, quisiera darles una analogía dentro de la cultura venezolana, que también es católica, pero en todo caso, piensen en Billy Graham, el famoso predicador evangélico norteamericano, imagínense si Billy Graham se convirtiera al catolicismo qué revuelo causaría dentro del mundo Protestante. Pues algo parecido sucedió cuando John Newman se convirtió al Catolicismo, y luego fue Oratoriano, y a la larga, ya casi al final de sus días, fue honrado como Cardenal.

El libro que escribió para la ocasión de su conversión, que fue prácticamente lo que le abrió las puertas al catolicismo y lo constituyó como tal, llevaba como título "Del Desarrollo de la Doctrina Cristiana". El cardenal Newman estudió la primera Iglesia y la conocía muy bien, y su argumento principal en el libro era justamente que la enseñanza de la iglesia es dinámica, viva, y que necesita un magisterio vivo para calificar y autenticar sus enseñanzas de una época a otra.

Les quiero hablar acerca del desarrollo de la doctrina social de la Iglesia y para ello comenzaremos preguntándonos ¿por qué una doctrina social la Iglesia? Vamos a ver. Vayamos al principio, al Libro del Génesis. En la primera página de nuestra Biblia se habla de la creación, un relato maravilloso y creativo de lo que hace Dios para crear este mundo. Aparece allí una especie de letanía, como un estribillo, que figura recurrentemente en esa primera página de la Biblia y que escuchamos en la lectura de la Vigilia de Pascuas. Dice: "En el principio Dios hizo los cielos y la tierra, y la tierra no tenía forma. Era un vacío y las tinieblas cubrían las aguas. Y dijo Dios: "Hágase la luz, "y hubo luz". Y luego leemos que a cada etapa de la creación decía Dios "que era bueno". Dios crea el mundo y dice que el mundo es bueno. Es bueno. Esa frase se repite una y otra vez. Esa es una parte muy importante de nuestra herencia, de nuestra herencia judeo-cristiana, que el mundo que Dios crea es un mundo bueno y que el orden material es una cosa buena que Dios creó.

Karl Rohnner, el jesuita y teólogo alemán cuya felicidad nos viene a la memoria, nos dice que todo en la vida es una oportunidad para descubrir la Gracia de Dios, incluyendo el mundo material. Que cuando Dios hace el hombre y la mujer a su imagen les encomienda el cuidar y velar por el mundo que Él creó, ese mundo que es bueno. Y les hace una recomendación, en particular. Les dice que deben ser como Él, en el sentido que han de crear este mundo junto con Él; que deben cuidar del jardín, que deben ser fértiles y multiplicarse y llenar la tierra.

Por eso el orden material es bueno, no es algo malo, ya que nos presenta la oportunidad de descubrir la gracia de Dios. Y si todavía nos quedara alguna duda, como consecuencia del pecado de Adán y Eva, solo tendríamos que ir al Nuevo Testamento para comprobar allí, una vez más, lo

que hace Dios con el mundo material. Esta vez en la encarnación de Jesucristo, porque en la encarnación Dios abraza una vez más el mundo material que creó, se introduce en la historia humana y se hace como nosotros en todo menos en el pecado. Jesucristo tuvo un cuerpo físico, Jesús se cansaba, sentía frío, sed. Tenía que descansar, sintió todas las emociones y todas las tentaciones que sentimos el resto de los seres humanos. Pero nunca pecó.

La primera Iglesia Cristiana centró esta experiencia de Jesucristo en su resurrección y nacieron dos enseñanzas en los Siglos II y III. Estas enseñanzas cobraron dos formas: Una sostenía que Jesús era como nosotros, ciertamente Jesús fue un hombre, es más, que Jesús era tan hombre que no era posible que también fuese Dios (era la herejía ariana). La otra tendencia sostenía lo contrario, que Jesús era Dios, y que tan Dios era que no podía ser hombre realmente. He aquí pues el debate cristológico que se produce en los comienzos de la Iglesia.

Jesús es hombre, Jesús es Dios, y la Iglesia finalmente define su creencia y declara que Jesús es Dios y hombre, reafirmando una vez más que el mundo material es bueno. Como ustedes saben, en la Misa, durante el Ofertorio, vacíamos un poco de agua en el cáliz y oramos. “Que por el misterio de esta agua y de este vino podamos compartir la divinidad de Cristo quien se humilló para compartir nuestra humanidad”. Nuestro destino es hacernos como Cristo, que lo divino sea uno con nuestra humanidad, y que, como dice San Pablo el Apóstol, asumamos la “naturaleza divina”.

Quizás se están preguntando por qué hablo de Cristología si había prometido hablar de la Doctrina Social Católica. Si nosotros no entendemos la creación y la encarnación, me atrevo a decir que tampoco entendemos por qué estamos llamados a ejercer en el ámbito social. Si nosotros entendemos que Dios se nos presenta en las cosas mundanas de esta vida, en las cosas materiales que nos rodean, entonces podemos comenzar a entender lo que significa santificar nuestra labor, lo que significa que hasta la tarea más corriente, como limpiar un pescado, puede ser oportunidad para la oración y la contemplación.

Una anécdota sobre un joven que se retiró al Monasterio para hacerse monje cuenta que, en una carta a su Padre, el joven le decía, “Estoy muy feliz de hallarme aquí, en esta comunidad que ora a intervalos regulares. La experiencia de levantarse a media noche (¡sólo un monje puede decir algo así!) para orar me resulta espiritualmente arrebatadora.. y mientras el mundo duerme nosotros cantamos el santo oficio”. El padre contestó la carta a su hijo; “Me complace mucho saber que hallaste tu vocación. Pero quiero que sepas que tanto tu madre como yo también nos hemos levantado en medio de la noche para descubrir la presencia de Dios cuando teníamos que cambiarte los pañales.

Así pues, las cosas más comunes y corrientes de la vida pueden ser un Opus Dei, u Obra de Dios. Yo no soy miembro del Opus Dei y acabo de caer

en cuenta que hice referencia a una institución que pudiera ser controversial, cosa que no quise hacer.

Después podemos hablar de todo eso. Lo importante es que hasta lo más simple de nuestras vidas puede ser la oportunidad para descubrir y conectarnos con nuestra espiritualidad.

Y con esto voy al caso de la Doctrina Social Católica, o la Doctrina social de la Iglesia. La razón por la que existe una doctrina social es porque el mundo material es importante, porque, a menudo, es en la humanidad caída, entre los más vulnerables, entre los más apartados y paupérrimos, que descubrimos a Jesucristo. No necesito recordarles lo que dice el Evangelio de San Mateo, Capítulo XXV: *“Lo que hagáis al más pequeño de mis hermanos, me lo hacéis a mí.”* La hermana Teresa lo dice muy poéticamente. “Descubrimos a Jesucristo con un disfraz desgarrador cuando socorremos al más pobre entre los pobres”.

Por eso la doctrina social nos permite hallar a Jesucristo.

Ahora bien, la misión social de la Iglesia no es su misión fundamental como es la práctica del Evangelio. Pero si es que pretendemos predicar el Evangelio auténticamente, parte de la misión integral es atender las necesidades de los pobres y ver en el manejo de nuestras actividades cotidianas, y en especial el modo en que manejamos el dinero, el modo en que manejamos la productividad, las riquezas y las posesiones, cómo se pueden convertir en parte de nuestra espiritualidad, de qué forma estas también se pueden subordinar a Jesucristo.

La Doctrina Social Católica moderna tiene su origen en la Encíclica escrita en 1891 por el Papa León XIII. **“Rerum Novarum”**. León XIII vivió en tiempos revolucionarios y al mirar lo que le rodeaba observó la Revolución Industrial, las fábricas y la producción masiva. Vió a los trabajadores de los cuales muchos vivieron en circunstancias inadecuadas, y escribió su carta encíclica expresando su preocupación por la dignidad de los obreros. Es muy importante que leamos esta encíclica para entender cómo vio él la defensa de la vida y dignidad de los trabajadores, que era mediante la defensa del derecho a la propiedad privada y que él llama “un derecho sagrado”. Resulta muy interesante ver como el Papa León XIII explica el derecho de los pueblos a la propiedad privada. Aduciendo de manera muy similar a la de John Locke que el ser humano mezcla su trabajo con el mundo material y se arraiga a éste a través del uso de su razón y su libertad.

Por supuesto, el Papa León XIII no estaba inventando su enseñanza. La había extraído de los escritos de Santo Tomás de Aquino, y lo más interesante es que así lo hicieron John Locke y Adam Smith. Adam Smith no fue el primer economista. Los discípulos de Santo Tomás, y en particular los de la escuela de Salamanca, fueron los primeros economistas, los que inventaron la economía. Por tal razón nosotros, los sacerdotes, tenemos que entender los fundamentos de la economía porque la economía comenzó, no como una ciencia social, sino como una dimensión de la teología moral. No debería haber

nada extraño, pues, en que los sacerdotes, los obispos y el Papa hablaran de asuntos económicos vistos los dramáticos impactos que tienen en la forma de vida de los pueblos.

Si estamos preocupados por los pobres, por definición, una dimensión de esa preocupación debe ser lo económico, porque eso es la pobreza, es un estado económico. León XIII escribió su encíclica acerca de su preocupación por los derechos de los trabajadores y esa carta fue tomada como la inauguración de la Doctrina Social Católica.

En esta charla no voy a detallar cada uno de los documentos en qué se fundamenta la Doctrina Social Católica. Supongo que ustedes estudian materias aquí en el Seminario donde se ven todos esos documentos, pero lo que si quisiera hacer, ya que he hablado de la primera etapa de la Doctrina social Católica, es hablar de la etapa más reciente. El Papa León XIII escribió su encíclica hace más de cien años, en 1891. Y en 1991, el Papa Juan Pablo II, en un momento igualmente revolucionario al de León XIII. Este escribió su Encíclica durante la Revolución Industrial, cuando nacían las economías modernas de libre mercado, mientras que Juan Pablo II escribe en un momento en que los sistemas de colectivismo forzado precisamente lo que preocupaba a León XIII en su encíclica, el socialismo, el comunismo, la erradicación de la propiedad privada, colectivismo como institución, pues comienzan a desmoronarse.

Yo creo que este Papa en particular tuvo su pequeño papel en el derrumbe del comunismo. Después de todo, fue a él a quien tocó vivir bajo el yugo del marxismo. Fue este Papa, Krol Wojtila, quien vió sus sacerdotes encarcelados y sus monjas arrestadas, y sus instituciones cerradas bajo el talón opresor del comunismo en Polonia. Luego fue nombrado Obispo de Roma. Me puedo imaginar esos estalinistas geriátricos sentados en el Kremlin en Moscú, viendo en la televisión a este hombre caminar por las calles de Cracovia, su anterior sede episcopal, y su sermón en el Santuario de Gesnow, diciéndole al mundo y al pueblo de Polonia que honraba la memoria de San Hedwig, el Santo Patrón de la Reconciliación entre países vecinos. Tuvo que ser un mensaje electrizante. Dijo que esos países vecinos, los de Europa, tenían una religión cristiana en común, y eso es lo que siempre dice en la homilía del domingo de Pentecostés. El hace referencia a la unidad de descendencia del Espíritu Santo, al lenguaje único que se habla y que todos los pueblos entienden, para declarar en su homilía la necesidad de que Europa, tan dividida, tan fragmentada, vuelva a ser una otra vez.

Esto lo decía en 1978. Y ahora estamos viviendo un momento en que Europa es una y ya no existe lo que conocíamos como Alemania Oriental ni Alemania Occidental. Es simplemente Alemania. Este Papa conoció el socialismo, pero no desde una Torre de Marfil ni tampoco a través de un libro de texto. Lo conoció cara a cara. Y luego ascendió al Trono de Pedro y presentó "*Centesimus Annus*", obra que nos deja completamente atónitos con sus implicaciones ya que se trata de uno de los desarrollos más dramáticos de la Doctrina Social Católica en 100 años. En esta Encíclica el Papa habla del deceso del Comunismo y del Socialismo y de la razón por la cual fracasaron fue

un error antropológico, por haber malentendido a la persona humana. Por no haber visto la maravillosa individualidad que Dios dio a cada ser humano, la creatividad que cada uno recibió como un don de Dios y que nadie tiene derecho de impedir ni esclavizar.

Como toda Doctrina Social Católica auténtica, realmente no está enseñando algo nuevo. Está rescatando algo del pasado, y lo que rescata es la enseñanza de la antigua Escuela de Salamanca en gran parte. Habla de dinamismo moral del libre intercambio, del derecho de los pueblos a intercambiar y a cruzar las fronteras, a poseer propiedades, y del peligro que los gobiernos intervengan en ese derecho al libre intercambio y del peligro que los gobiernos desestabilicen el sistema monetario. Puede que ustedes se pregunten por qué estamos hablando de los sistemas monetarios desestabilizados y qué tiene que ver con eso la Doctrina Social Católica. En la Encíclica hay dos llamados al sistema monetario estable. La razón de ello es que si un sistema monetario no es estable se produce la inflación. ¿Qué es inflación? Es un proceso de inflación artificial (piensen en un globo) de la masa monetaria que devalúa instantáneamente los bolívares que ustedes tengan en su bolsillo.

Así que la cuestión de un sistema monetario estable es una cuestión moral porque los más directamente afectados por tal inflación ---que casi siempre nace de una inspiración gubernamental cuando se imprime más dinero del que debería existir en la economía--- son aquellos que tienen ingresos fijos, o que viven de su jubilación o que no tienen dinero. Porque los que tienen mucho dinero pueden soportar la espiral inflacionaria con gran facilidad, pero no así los que tienen poco. En una espiral inflacionaria, una persona acaudalada que posea obras de arte u oro sigue poseyendo sus obras de arte y su oro. El gobierno no puede fabricar ni más Picassos ni más oro. Lo que el gobierno puede fabricar son más bolívares. Y la gente que tiene apenas unos cuantos bolívares queda privada de su sustento para vivir porque con la inflación la despojan de sus ahorros.

El Papa ve la dimensión moral de las políticas económicas, y al echar mano de algunas de las enseñanzas de la Escuela de Salamanca lo que hace el Santo Padre, a mi juicio, es aplicar la Doctrina Social Católica de una manera nueva y revolucionaria. Desecha los experimentos con ideologías colectivistas, sea colectivismo fascista marxista, social o incluso de estado benefactor, sobre lo cual el Papa escribe uno o dos párrafos enteros en su incíclica.

El Papa ve la dimensión moral de las políticas económicas, y al echar mano de algunas de las enseñanzas de la Escuela de Salamanca lo que hace el Santo Padre, a mi juicio, es aplicar la Doctrina Social Católica de una manera nueva y revolucionaria. Desecha los experimentos con ideologías colectivistas, sea colectivismo fascista, marxista, social o incluso de estado benefactor, sobre lo cual el Papa escribe uno o dos párrafos enteros en su encíclica.

El Papa se preocupaba por la sobrepolitización de la sociedad, la excesiva burocratización de las instituciones que supuestamente están allí para ayudar a los pobres, y aplica la doctrina clásica o principio de la subsidiaridad

dentro del contexto contemporáneo. Dice que cuando existen necesidades, lo mejor es que aquéllos que estén más cercanos o más estrechamente relacionados con dichas necesidades sean atendidos primero para que se ocupen de esas necesidades sin que el gobierno intervenga para no deshabilitar los medios locales de atención. Y esto fue lo que sucedió en muchos de nuestro países, en Venezuela, en los Estados Unidos, por supuesto... Gente bien intencionada que aumenta el papel del gobierno pensando que éste va a ayudar a los pobres, pero que con más frecuencia termina aumentando los impuestos y despilfarrando el dinero, y creando desincentivos tanto para que los pobres se ayuden a si mismos, como para los que tienen el dinero para ayudar a los pobres, ya que éstos dan por sentado que el gobierno se está ocupando y que, por lo tanto, no tienen obligación alguna de dar a los necesitados.

El estado benefactor —el mas real y vibrante remanente de la falacia del socialismo de nuestros tiempos—es un peligro, no sólo para la libertad sino también para la dignidd humana.

“Centesimus Annus” desarrolla la Doctrina Social Católica de otra manera: celebra la creatividad de los empresarios. Dice que los empresarios, en la medida de sus aciertos, tiene derecho a una ganancia legítima, y que cuando la empresa devenga utilidades lo hace porque cumple con acierto lo que la empresa está supuesta a lograr. Expresa su preocupación diciendo que las comunidades empresariales deben ser comunidades de trabajo, comunidades humanas que respetan los derechos del individuo que es empleado y que trabaja dentro de estas asociaciones.

Pero este fin no tiene porqué ser alcanzado a costa del legítimo incentivo de realizar una ganancia. De hecho, el Santo Padre en su Encíclica compara la función del empresario a ciertas virtudes cristianas, las virtudes de la honradez y del ahorro, de la preseverancia y el trabajo arduo. Y dice, también, que aquellos sistemas que destruyen la vocación del empresario son injustos. De modo, pues, que vivimos en un tiempo nada menos que sorprendente. Hemos visto la caída del colectivismo en Europa Oriental, y también estamos viendo una suerte de *“magnum silentium”* que ha sobrecogido, incluso dentro de la Iglesia, a aquellos que equivocadamente creyeron que el marxismo tenía algo que ofrecer a las revelaciones cristianas en función de una herramienta de análisis social. La verdadera teología de la liberación logrará lo que su mismo nombre dice: Liberará a los pueblos y no promoverá más ni mayores sistemas de poder centralizado. Hará que los pueblos se liberen de los grilletes del poder de orientación centralizada, permitirá que los pueblos traigan uso máximo del bien liberando su creatividad y su derecho a comerciar.

Una verdadera liberación no protegerá a los oligarcas ni a los que controlan el poder militar para proteger su propia riqueza. Sujetará tanto a ricos como a pobres a los rigores del mercado y nosotros, como ministros de Cristo, necesitaremos entender que el mercado puede ser una empresa moral si conocemos su dinámica y su modo de operar y si podemos convertir a la gente que opera dentro del mercado. El mercado es tan sólo un mecanismo. No es

el reino de Dios en la tierra. Es una herramienta que se puede usar para el bien si la gente que la usa es buena en sí misma.

Lo que ha hecho la Iglesia ha sido abrazar el sistema de mercado si está fundado dentro de un marco jurídico y moral.

El libre mercado tiene que estar fundado de este modo porque la libertad por sí sola es insuficiente para defender la dignidad humana. La libertad dice el Santa Padre en "***Centesimus Annus***", tiene que seguir el orden de la verdad y la verdad acerca del ser humano se halla en la persona de Jesucristo. Es decir, pues, que la auténtica antropología se descubre en la Cristología. Pero si nosotros, sacerdotes, tememos al mercado, o nos dejamos intimidar o miramos con suspicacia o con desdén a los que han producido riqueza lícitamente, por los que han tenido éxito en los negocios o han ganado una utilidad moral con su empresa, si nosotros en nuestro temor los denunciemos y los rechazamos y los llamamos pecadores porque han tenido éxito, entonces fallaremos en hacer contacto con aquellas personas que tienen en sí un gran potencial para ser santos.

Nuestra preocupación por los pobres no tiene porqué encender en nosotros el odio o la envidia por aquéllos que han tenido éxito o que han reunido una fortuna. La pobreza en si no es señal de la gracia de Dios. Todo lo que queremos hacer por los pobres es sacarlos de su pobreza y la única forma de conseguirlo es entendiendo cómo se crea la riqueza. El problema de muchos escritores sobre el tema en el pasado ha sido que se han preocupado demasiado con lo que produce pobreza.

¿Qué harían con la respuesta a esa pregunta?, ¿producirían más pobreza? Si supieran como se produce, ¿producirían más pobreza?, la pregunta que necesitamos responder es ¿cómo se produce la riqueza?, y ¿cómo se produce riqueza de una manera moral y cristiana, de acuerdo a la dignidad humana? Lamentablemente, mucho de lo que se ha escrito en los últimos 40 años sobre estos temas no se ha concentrado en la justicia productiva ni en la productividad; sólo se ha concentrado en la distribución. Yo creo que lo que hace "***Centesimus Annus***" es introducirnos a una nueva era de la Doctrina Social Católica. Me parece que como sacerdotes sufrimos de cierta desventaja al atender personas que conducen sus vidas cotidianas en el mundo empresarial. Piensen ustedes en la forma en cómo nosotros tratamos el asunto del dinero. ¿Cómo obtenemos dinero? Lo obtenemos en la recolecta. Lo recolectamos el domingo cuando pasamos la cesta entre los feligreses, y luego el lunes, el martes y todos los días hasta el domingo siguiente, lo gastamos. Nosotros redistribuimos el dinero.

Muchas de las cosas en que la Iglesia gasta el dinero son cosas buenas. Al menos es lo que nosotros esperamos, que la Iglesia gasta el dinero en cosas buenas, ayudando a los pobres, a los necesitados, a los que necesitan asistencia. Pero si eso es la único que entendemos de economía, con el perdón de ustedes, no entendemos cosa alguna de economía. Que ¿por qué?, porque si ustedes le preguntan a un hombre de negocios que como obtiene su dinero, que si lo obtiene en recolecta, se va a reír de ustedes.

“No”, les va a constestar: “Yo produzco mi dinero” ¿Qué quiere decir producir dinero? ¿qué uno fabrica el dinero?.

Observen como el empresario produce o genera su riqueza. Les daré un ejemplo muy sencillo pero que puede ser aplicado en los aspectos más complejos y sofisticados del sistema de intercambio comercial. Usemos el ejemplo de una persona que va a la panadería a comprar una canilla de pan. Ustedes ponen 30 bolívares en el mostrador. El individuo que horneó la canilla prefiere tener los 30 bolívares, y el que puso los bolívares prefiere tener la canilla de pan. Nadie está obligando al otro a realizar dicho intercambio y al final ambos quedan más contentos de su acción puesto que dicho intercambio fue voluntario; fue un intercambio de libre mercado. Y es así como el hombre de negocios hace su dinero.

Otra cosa, cuando ustedes preguntan a una persona que se mueve en el mundo de los negocios acerca del dinero, se van a dar cuenta que esa persona ve en la economía algo dinámico y no estático. Dicho de otra forma, cuando nosotros recogemos dinero en la colecta, de cierto modo estamos empobreciendo a aquéllos de quién tomamos el dinero para enriquecer a aquéllos a quién lo damos. Pero en el mercado, el hecho de que una persona haya acumulado una fortuna no quiere decir que ha empobrecido a otras personas si no todo lo contrario. En el mercado el dinero es dinámico. El dinero se crea. La riqueza se crea.

Veámoslo desde este ángulo: vamos a suponer que aquí se ha repartido un pastel y a unos tocó trozos grandes y a otros trozos pequeños, y queremos que los que tienen menos tengan más. ¿Cómo haríamos? Pues tendríamos que quitarle a los que les tocó trozos grandes para darles a los que les tocó menos. Algo así como lo que hacía Robin Hood, quitándole a los ricos para darles a los pobres. Eso es lo que en una economía se llama el juego de la suma cero. Nosotros solamente vemos un pastel de un tamaño dado, pero lo que el libre mercado nos enseña es que se puede hacer un pastel más grande y que alguien puede obtener un pedazo más grande, pero no porque a otro le tocó un pedazo más pequeño, sino porque el propio pastel se hizo más grande.

Al tener una comprensión de lo que la mayoría de la gente hace todos los días de su vida en su trabajo, en el intercambio, en la creación y en la aplicación de sus intelectos, entonces podremos cuestionarlos en su vocación más legítimamente. Etienne (Dusong?), un filósofo Tomista, expresó el argumento en los siguientes términos: “Si quieres practicar la ciencia en aras de Dios, primero practicala por la ciencia misma. Si quieres construir grandes catedrales de hermosas fachadas para gloria de Dios, primero aprende geometría”. Decía Dusong que “la piedad no es sustituto de la técnica”, y que todos estamos llamados a honrar las ciencias para entender en qué formas se nos presenta Dios en el mundo material. Y si podemos empezar a entender todo esto, ustedes, por ley natural, podrán desafiar a los hombres de éxito para que logren todavía más, para que sean todo lo que Dios les ha dado capacidad para ser, para que colmen su capacidad como co-creadores con Dios.

Cuando lo consigamos, sus empresas emplearán más y más personas, y aumentarán el tamaño del pastel, y aumentará la riqueza de nuestras sociedades, y así estaremos llevando nuestro ministerio en una forma muy efectiva a las necesidades de los pobres. No quiere decir que las obras tradicionales de caridad, las obras benéficas para distribuir dinero, para realizar colectas y dar a los necesitados van a ser abandonadas. Esas cosas también se tienen que hacer, pero tenemos que entender que si no se crea la riqueza, no hay riqueza que distribuir.

La nuestra es una vocación estimulante y nos han tocado tiempos estimulantes para ejercerla como sacerdotes. Tenemos una multitud de retos ante nosotros en lo social, en lo económico, en lo moral, lo cultural, en la sociedad. Hay mucha gente que no se explica por qué un hombre puede entrar a un Seminario para hacerse sacerdote. Probablemente nosotros mismos no entendemos por qué Dios nos ha llamado a tomar este camino. Sin duda alguna hay una dimensión en nuestra vocación que es misteriosa, pero tenemos la inquebrantable obligación de reverenciar la creación de Dios, de reverenciar al pobre con inteligencia, no sólo con un corazón compasivo, sino con nuestra inteligencia, con nuestra diligencia y nuestro conocimiento. Tenemos la obligación de asistir a los que se han marginado de nosotros, sea por pobreza o por riqueza; a los que se han marginado de nosotros por incapacidad y vulnerabilidad, así como por sus éxitos y sus logros.

Estos son los diferentes retos, pero si no somos fieles al llamado de Cristo a asistir tanto al cobrador de impuestos como a la prostituta, y a los José de Arimatea que son ricos, entonces no seremos fieles al llamado para el cual Cristo nos encomendó.